

PRÓLOGO
GABRIELA MISTRAL O
LA INSUFRIBLE DEMÓCRATA

I

POR *mi voz hablan muchas mujeres de clase media y del pueblo*¹, dirá nuestra Gabriela Mistral por el año constitucional de 1925. Y en esa frase está, sin duda, su resuelta identidad social y su visionario compromiso con las realidades contingentes patrias. No sólo autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e hispanoamericana del siglo veinte, sino que a la par, también, una mujer-ciudadana en su tiempo y ahora y en porvenir. Se diría, conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital de Chile, la faena de una América y la visión del mundo.

Acaso a muchos, y más bien por un desconocimiento cabal de la obra mistraliana, podrá extrañar el título de este volumen, tan en el tuétano de las circunstancias reales. Sin embargo, no se trata aquí de una relación antojadiza o meramente ocasional. *Escritos políticos* obedece no sólo a las permanentes preocupaciones que siempre —en todo momento y lugar— tuvo Gabriela Mistral por las cuestiones inmediatas y quemantes de su Chile natal —país civilísimo del *civis* político y del *civis* social, como ella decía—, sino también de nuestro Continente: *Voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque la política vendrá a ser (perversa política) la entrega de la riqueza de nuestros pueblos; el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da*

*oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad; el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras que ya se desnudan con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes.*²

Gabriela Mistral (1889-1957), que nace en una aldea del valle de Elqui en pleno gobierno, en Chile, del Presidente Balmaceda —*ese hombre con afanes de limpieza republicana y el ídolo de una nación entera*—, no estará ajena a los acontecimientos políticos, sociales, agrarios, educacionales, religiosos e ideológicos que le tocó vivir tanto en sus años de permanencia en Chile como en los otros muchos de su errancia por el mundo. Tales sucesos no la iban a dejar indiferente estuviera donde estuviera: en Santiago, en Ciudad de México, en Niza, en París, en Lisboa, en Nueva York. Así nacerán sus lacerantes y elocuentes e indesmentibles artículos (casi ensayos de pasión y de verdad) que testimonian ese hablar por su voz a las muchas mujeres de la clase media y del pueblo.

Y no sólo en la página escrita para el periódico o revista. También en las más diversas tribunas internacionales y en los paraninfos universitarios expresará su pensamiento sin titubeo alguno, denunciando a todos los vientos la injusticia social —*que hace tanto bulto en el continente como la cordillera*— y la tiranía de gobiernos acomodaticios; hablando con fervor de una urgente reforma agraria que favorezca a los campesinos. O abogando por la paz, ella pacifista de todos los días, y por el respeto a los derechos humanos. O solidarizando con la causa sandinista de los años treinta en Centroamérica o con los patriotas republicanos de una España heroica: *Yo no tengo por mi pequeña obra literaria el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.*³

II

Preocupada siempre del destino de Chile —*una república que cumple con el régimen democrático que se dio y juró*—, Gabriela Mistral siente nuestros pulsos nacionales como una tarea histórica, como una urgencia de los tiempos. Hay en ella un apego profundo por la voluntad de un Chile con sentido moral, que es su honra y su orgullo. Yo, *la insufrible demócrata*, se definió una vez, muchas veces, conversando con el escritor mexicano Alfonso Reyes. Y años después, al recibir el Premio Nobel de Literatura (1945) se declarará *una hija de la Democracia chilena* (y escribe la palabra Democracia con mayúscula). En ese discurso frente a sus Altezas Reales no ocultará —honrada ella en uno de los muchos trabajadores de la cultura— su adhesión al mirar con leal amor hacia los otros miembros del pueblo sueco: campesinos, artesanos y obreros.

En un país como Chile, donde *la mayoría de los chilenos tiene el patriotismo quisquilloso*, Gabriela Mistral estaba lejos de aquellos patriotismos de orfeones y escarapelas. Su *Menos cóndor y más huemul*, por ejemplo, no deja de ser una desmitificadora parábola de la realidad del país. Ella confesaba su escaso amor por el cóndor que al fin es solamente un hermoso buitре. Prefería al pobre huemul que bien mostraba la sensibilidad de una raza: *La predilección del cóndor sobre el huemul acaso nos haya hecho mucho daño. Algunos héroes nacionales pertenecen a lo que llamaríamos el orden del cóndor*. Es decir, el picotazo sobre el lomo, el ojo sanguinoso que domina sólo desde arriba. Para nuestra Mistral sería bueno espigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas.

Y no hay fábula ni alegoría alguna en esta zoológica desmitificación heráldica, como tampoco la habrá en la botánica página de *La pobre ceiba*, un artículo con proyección latinoamericana. Denuncia al mundo el umbrroso acuerdo de los delegados que asisten a la conferencia de La Habana (1928) para tratar el asunto de Sandino en Nicaragua: *Los delegados de*

*la Conferencia plantan una ceiba como símbolo de la fraternidad del Nuevo Mundo. ¿Por qué una ceiba?, por ser el árbol más umbroso de la América. Y yo entiendo, un poco perversamente, el más espeso, para que cubra feas cosas... Yo tengo muchos deseos de que la ceiba se les seque.*⁴

Los juicios de Gabriela Mistral tienen así la energía que da la sobriedad y la verdad de su lenguaje, amén de una notable belleza de escritura. Por sus recados y artículos va y viene la historia sin mito de nuestros pueblos totales.

III

Tres grandes temas —el problema agrario, el asunto indígena, la cuestión social— importarán cabalmente durante toda su vida a Gabriela Mistral. Serán su materia y su rezongo, sus impaciencias motivadoras cotidianas. Venida de una zona rural, de hortelanos y pequeños agricultores elquinos —*toda cultura debería comenzar por la tierra*— conocerá desde muy joven la realidad del campo chileno. Ella misma consideraba que los campesinos eran su verdadera familia en cualesquier parte y constituían la raza chilena efectiva, la mayor y la mejor de nuestras clases sociales. En ese campesinado (o *campesinería*, como le gustaba decir) de Chile ponía todo su amor y, también, toda su pasión, sintiéndose ligada *como la miga y la miga dentro del pan, o más bien como la pulpa a la piel en el fruto*.

No extrañará, entonces, el afán juicioso y prolongado que va a tener por la urgencia de una reforma agraria, sobre todo en un país como Chile con latifundio medieval. Consideraba que el suelo abandonado era lisa y llanamente una expresión de barbarie, *y sin hacer artículos de especialidad que no sé escribir, he dicho cada vez que he podido mi aborrecimiento de nuestro feudalismo*. En septiembre de 1954, en su última visita a Chile, al hablar al pueblo desde uno de los balcones de La Moneda, se alegrará que al fin el campesino chileno pudiera gozar de su

tierra: *esto es de una justicia, de un tamaño que no se puede medir*.⁵ Muchos creyeron, y creen todavía, que la Mistral decía cosas líricas, propias de su ausencia real del país. Hasta el Presidente Ibáñez (el mismo que en 1929 le había suspendido su pensión de gracia), que estaba a su lado, pareció incómodamente sorprendido.

Pero Gabriela Mistral —*yo soy una chilena ausente, no una ausentista*— decía, con su franqueza habitual, un tema que no le era ajeno. Es cierto que sólo ocho años después de su visita, en 1962, se implantará legalmente en Chile la reforma agraria. Sin embargo, desde 1923 venía ella preocupándose públicamente de estas materias. En México vivirá, en verdad, esta experiencia: *Con la reforma agraria no sólo buscan los hombres de la revolución mexicana el cumplimiento de las promesas democráticas hechas al pueblo; buscan algo más: la mayor producción que es en todas partes el resultado de la división de la tierra*.⁶ Esa acción agraria decorosa y salvadora era también la que deseaba para Chile, considerando que sólo los pueblos agrarios eran pueblos morales por sensatez. Y si nuestra barbarie rural era enorme, la falta de organización campesina era, a su vez, otro dato de barbarie: *Nos haría inmenso bien la ley, que castigando con el impuesto más fuerte a la tierra baldía, obligue al hacendado a cultivar o a vender el fundo en pequeños predios*.⁷ Y una frase que bien pudiera hoy sonar a cartel propagandístico, la acuñaba la mismísima Gabriela Mistral al día siguiente de recibir el Premio Nobel: *La tierra debe pertenecer al que la cultiva, y esto forma parte de la verdadera tradición española legada por Isabel la Católica, tradición que, hasta el presente, ha sido traicionada*.⁸ Sobradas razones tendrá, entonces, el demócrata Pedro Aguirre Cerda para dedicar su vasto libro *El problema agrario* (París, 1929) a “mi distinguida amiga Gabriela Mistral, trabajo que usted ha inspirado”. Años después, en pleno gobierno constitucional de Aguirre Cerda (1938-1941), nuestra Mistral celebrará este libro con la admiración por *un hombre que siente pasión por la tierra*, señalando, a su vez, que *América está en deuda con él por el libro fundamental de que es autor*.⁹

En su artículo "Agrarismo en Chile", Gabriela Mistral escribe estas elocuentes frases: *Escribirme contándome que mi madre se ha puesto joven y fuerte no me llenaría de mayor complacencia. El contarme que ha brotado petróleo a lo largo del país, me exaltaría menos. Pero una noticia sobre una acción agraria decorosa y salvadora, me endereza de un gozo que no sé qué decir. Porque un pozo de nafta brota porque sí, por antojo de la geología, y una ley agraria nace cuando en un pueblo madura la conciencia. Y esto lo decía en septiembre de 1928.*

IV

Será México, también, el país que le revelará en su mayor intensidad otra de sus bravas pasiones: la masa indígena o las netas indianidades vueltas conciencia viva de la raza. Pero este acercamiento a las verdades indias tendría su encuentro originario por 1919, en la región de su destierro magallánico. En Punta Arenas, entre los alumnos que asistían a sus cursos nocturnos — porque ella creó allí una escuela nocturna —, había dos reos políticos del presidio de Ushuaia que se fugaban por las noches para asistir a sus lecciones: *Los ojos se me quedaron sobre los dos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos... Eran el aborigen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre.*¹⁰ Luego en Temuco, en aquella zona de la maravillosa rebeldía (según su propia, certera y épica definición de ese ámbito geográfico), conocerá, sin prejuicio alguno, a la formidable raza gris. Mirándole vivir un tiempo entenderá al pueblo mapuche, a esas indiadas aventadas y barbarizadas por el despojo de su tierra. Es el año 1920. Sus obligaciones como directora y profesora de castellano en un liceo de niñas no la alejarán de esa tan directa y desnuda vida-verdad cotidiana: *Nos manchan y nos llagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestros juzgados*

*indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras.*¹¹ Años después, recorriendo la América, dirá que semejantes no son todavía nuestra millonada de indios.

V

Y todo esto lo dice la Mistral con palabras que arden y que-man, sin perdonar nada, importándole grandemente la justicia social, y el destino *del pueblo, que es el vidente mayor*. Miraba con cierto desdén a la oligarquía y a la aristocracia criolla nuestra. Nunca llamó, por ejemplo, a los conservadores por su nombre, sino que usando a menudo el peyorativo apodo de *los pelucones*. Aunque tampoco olvidaría sus gratitudes: *De las clases sociales de mi país, debo a la aristocracia una protección generosa: la de su defensa cuando se hizo campaña contra mi nombramiento para un liceo; pero la clase dentro de la cual me siento, aquella de la que espero más y a la que amo de corazón es la clase obrera.*¹² Y escribiéndole a un viejo amigo volverá a remarcar estas mismas frases con énfasis definitivo: *Soy, antes que todo, obrerista y amiga de los campesinos; jamás he renegado de mi adhesión al pueblo y mi conciencia social es cada día más viva.*¹³

No sólo en sus relaciones epistolares dejaba constancia de este anhelo de justicia social y de esta adhesión al pueblo. Varios de sus recados y artículos ahondarán en estas materias, así resulte comunista para los conservadores en Monterrey, o beata para los radicales en Michoacán: *Tenemos que habituarnos al nuevo acento de las masas populares: hiere los viejos oídos, un poco femeninos, de puro delicados, mas tienen que oír esos oídos.*¹⁴ Hablando en una oportunidad con las mujeres de Puerto Rico — *ustedes son mujeres que viven atareadas de problemas sociales, que sienten como yo la angustia de conflictos que planean sobre el pueblo* —, Gabriela Mistral terminará, sin alegoría alguna, poniendo el acento en la página desnuda de nuestra historia, en un saber mirar el ácido trance de nuestros pueblos: *Mucha consideración rodea entre nosotros un acta de independencia que en*

*verdad independizó a un décimo de la población; mucha dignidad otorgamos a una Constitución que nos llama libres a todo trance y que nos ha echado sobre el cojín de pluma de la confianza, desde el cual no levantamos la cabeza para saber si seguimos siendo libres; mucha oda y mucho orfeón enderezamos en torno de nuestros héroes políticos.*¹⁵ Curiosamente, en estas relevantes frases, Gabriela Mistral viene a sintetizar lo que el dirigente obrero y diputado Luis Emilio Recabarren señalaba en 1910: "El pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, absolutamente nada, gana ni ha ganado con la independencia".¹⁶

Gabriela Mistral, que durante toda su vida vio muy claro esto de la cuestión social, aconsejaba a sus amigos políticos (sin oda ni orfeón) de entonces —Pedro Aguirre Cerda y Eduardo Frei Montalva, entre ellos— que había que oír el mandato social de esta hora con el corazón y no con la inteligencia. Comentando un polémico libro de este último, cuando Frei no pasaba aún de los treinta años y estaba lejos de ser Presidente de la República, Gabriela Mistral le escribe: *Ya es necesario que la crítica social considere a nuestra clase, la suya y la mía, como una partida en dos: la burguesía y la pobre, aquélla vuelta un costado de la plutocracia y ésta, una lonja superior del pueblo; no hablemos más de tres clases... sino de cuatro y aun de cinco, ya que la masa obrera aventaja enormemente en salario a la infeliz masa campesina. Más cómodo era tratar al país en las tres rayas clásicas, pero resulta bastante falso a estas alturas.*¹⁷

VI

A estas preocupaciones sociales, agrarias, indigenistas, deben agregarse otras tantas que tuvo Gabriela Mistral. Ni tampoco los asuntos mujeriles —sin ser ella una rematada feminista— le iban a ser ajenos, al igual también que los problemas educacionales en una época de tantas efervescencias y en país fermental como Chile. Y aunque ella reconocía no tener manía política ni genio político, en la realidad tales asuntos fueron,

también, sus motivaciones. Y, sobre todo, en tiempos de tanto tradicionalismo y de tanta sociabilidad (*por no llamarle con nombre legítimo la ociosidad dorada*) nuestra Mistral estará ocupada en temas analíticos de una organización del trabajo nueva y moderna, o discutiendo acerca del todavía incipiente voto femenino: *el derecho femenino al voto me ha parecido siempre cosa naturalísima*. Consideraba que las mujeres debían hablar de lo suyo, en legítimo, presentando en carne viva lo que es su oficio; que una delegada de las costureras, de las maestras primarias, de las obreras del calzado debería ser escuchada con gusto en el Parlamento: *A los países se les ve no sé qué aire de concedernos el voto, sin gran pasión, por defensa de ese hipotético comunismo que tanto temen*.

En junio de 1922, una seria crisis estudiantil paraliza a la Universidad de Chile. La entonces llamada Federación Nacional de Estudiantes emprendía una campaña de reforma universitaria "que ha de traer, entre otras cosas, la autonomía necesaria para el correcto funcionamiento de la instrucción y educación en sus diferentes modalidades". El conflicto pudo haber dejado indiferente a una Gabriela Mistral que por esos días se embarcaba (en el *Orcoma*) con destino a México, "donde ninguna mujer es más querida que usted", como le diría su invitante, el Secretario de Educación Pública, José Vasconcelos. Sin embargo, la pasión y los sentidos de la maestra chilena estaban todavía aquí: *Pienso como la Federación de Estudiantes. Les encuentro toda la razón. Es indispensable que los alumnos tengan alguna intervención en los rumbos de la enseñanza; hasta hoy la ha dominado un espíritu libresco: es necesario que un fuerte soplo de vida, de humanidad, pase arrasando todo esto y renueve los métodos de enseñanza. Es también justo dar prudente participación en la instrucción primaria a los obreros que, aunque no pueden hoy aportar una poderosa cultura, por lo menos han palpado en carnes vivas todos los errores y torpezas de los actuales rumbos. Una reforma es, pues, justa*.¹⁸ Y estas estimulantes palabras las decía Gabriela Mistral nada menos que en *El Diario Ilustrado*, el oligárquico periódico del partido Conservador Tradicionalista.

La maestra chilena —*como buena maestra de niños, soy sincera*— no hace otra cosa que ser fiel a una tarea educativa que vocacionalmente se impuso desde muy joven. Será ella misma la que organice una escuela nocturna (la primera escuela nocturna de Coquimbo) para peones del campo, enseñando a muchachones que la sobrepasaban en edad. Otro tanto hará mientras permanece en Punta Arenas por 1919: *un pueblo entero, desde el obrero de la Federación de Magallanes a los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi misión*.¹⁹ Años después, durante el inicio del gobierno personalista de Carlos Ibáñez (1927-1931), que venía de ser director de la Escuela de Caballería, nuestra Mistral no tendrá turbación en denunciar los problemas de la educación chilena, marcando el acento en la mediocridad más completa y en la superficialidad más perfecta en los estudios: *Pero cuando alguien desnuda las miserias de nuestra educación, como esos pobres maestros llamados comunistas, con valor civil, con datos, con ganas de reformar el país, se les desprestigia, se les echa afuera*.²⁰ No sólo, pues, autora de unos poemas que irían a llenar páginas enteras de textos escolares, Gabriela Mistral iba creadoramente trabajando su obra poética, su desolada *Desolación* (1922) o el maravillamiento de su *Ternura* (1924). Y creadoramente también iba en ella un compromiso con las realidades inmediatas en la vida misma del país.

VII

Gabriela Mistral recibe el Premio Nobel en 1945, inmediatamente después de terminada la Segunda Guerra Mundial. No es casual que la Academia Sueca haya otorgado este galardón a quien "ha hecho de su nombre un símbolo de todas las aspiraciones idealistas del mundo latinoamericano", cuando todavía la hoguera de la bomba atómica ensombrecía a la humanidad toda. Además de su obra, había en esta mujer un espíritu universalista empapado de pacifismo. Porque eso fue siempre y en todas sus horas: una pacifista, de toda paz en los

buenos días. Y nunca se cansó de escribir y de proclamar esa palabra maldita, aun causando el enojo de muchos: *No se trabaja y crea sino en la paz; es una verdad de perogrullo, pero que se desvanece apenas la tierra pardea de uniformes y hiede a quemados infernales.*²¹

En este *pardea de uniformes* Gabriela Mistral está revelando, en consecuencia, su antimilitarismo. En ninguno del millar de sus artículos mostrará alguna simpatía, ni de admiración ni de alabanza, por los militares. *No creo en la mano militar para cosa alguna; Dios ayude a los buenos.*²² Sus admiraciones no andaban por esos lados, ni dentro ni fuera de su patria. Más bien siempre hablará de los militares como una *casta*, y en una relación de clase cerrada. Por sobre todo, Gabriela Mistral era una civilista. Ni nuestro prócer máximo Bernardo O'Higgins (de quien hablará a los niños peruanos haciendo hincapié en el destierro del prócer, más que en sus hazañas heroicas) llegará a conmoverla tanto como la conmovió un José Miguel Carrera. Cuando la Mistral habla de César Augusto Sandino, el patriota nicaragüense de los años treinta, llegará a decir que éste era históricamente nuestro Artigas, nuestro Páez y nuestro Carrera. Si dedica algunas páginas a Simón Bolívar será para destacar y compartir el sueño de unidad americana del visionario venezolano, revelando al hombre y no al militar: *a este hombre de batallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba, era civil, como si al general lo dejase en el estribo.*²³ Y cuando destaca al general Álvaro Obregón —el Presidente mexicano impulsor de la reforma agraria— será para celebrar en él su energía de mandatario revolucionario, su honradez administrativa y su lealtad hacia la democracia.

Comentando, por 1923, una ley mexicana de jubilaciones que beneficia a los maestros y a sus familias, Gabriela Mistral escribe estas irreverentes y agudas frases, echando por la borda todo mito patriotero: *En Chile, estas pensiones son casi un privilegio de la casta militar. ¡Nietos, sobrinos, parientes dudosos de héroes! Y aquí la palabra héroe se reserva absolutamente a los que anduvieron por los arenales del norte, en nuestras guerras. Ellos*

*dieron Tarapacá y Antofagasta. Los maestros han dado la cultura nacional, eso que no aparece visible en los mapas, pero que hace más por el nombre de Chile que sus conquistas tangibles. Y si los maestros no fueran héroes por la elevación de la obra que entregan, lo serían por su pobreza heroica, por su miseria callada y mortal.*²⁴

En una carta dirigida al ensayista ecuatoriano Benjamín Carrión, el autor de *Santa Gabriela Mistral* (Quito, 1956), esta "santa" nuestra expresará algo así como su doctrina antimilitarista sin empacho alguno, lo que ella llama el Estado gendarme: *Ni el escritor, ni el artista, ni el sabio, ni el estudiante pueden cumplir su misión en ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del Estado gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero, al estudiante, enseñándole a ser libre, porque se le respeta su dignidad.*²⁵

VIII

Durante la primera mitad del siglo veinte, amén de dos guerras mundiales, otros tantos dramáticos sucesos ensombrecieron al mundo; al mundo europeo o latinoamericano, y en general, a la humanidad. Atenta a estos pulsos de la hora presente, Gabriela Mistral participa con su palabra oral y escrita con una fuerza denunciadora como no lo había hecho antes, ya para apoyar una causa justa o ya para expresar un desasosiego maldiciente. Cuando en la década de los años treinta, por ejemplo, la invasión norteamericana llega a las costas de Santo Domingo, esa patria pequeña del mar Caribe, Gabriela Mistral considerará la secular acción como una tragedia, semejante a un ciclón echado de bruces sobre la donosura geográfica de esa Antilla, condenando la extranjera y dominadora pisada de las

botas de siete leguas: Cuando los Estados Unidos llegaron a la costa dominicana con aquella bandera de barras y estrellas que a algunos les ablanda los huesos y les desarma como la fatalidad antigua que les cae encima, Santo Domingo resistió, Santo Domingo rechazó y Santo Domingo discutió hasta hacerse oír, y los barcos deshicieron camino. Viendo a un débil levantar queja varonil y parar la avalancha marinera, los que desde el sur atendemos hacia el norte, tuvimos un suspiro de alivio y un buen brillo de esperanza en los pobres ojos. "Lo que es el norte será el sur", según la frase de los totalistas racionales, y esta vez el norte se había escurrido de la mano pescadora con una agilidad de trucha aceitada.²⁶

Recordando, en la Unión Panamericana (Washington), por 1945, esta invasión y otras invasiones y otras cosas, Gabriela Mistral dirá, con su dignidad y su verdad de siempre, a los delegados norteamericanos: *Lo que pedimos es no sólo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos, sobre todo comprendidos.*²⁷ Por esto, también, esta chilena de Chile que era la Mistral, hablaba, con una no oculta irónica descripción, de la armonía de las tres Américas desiguales: *la América patrona, la América casi doméstica, que es la Central, y la América en tratamiento de domesticidad que es la que sigue.*²⁸

La tragedia de España, por su parte, es una herida que Gabriela Mistral siente como propia. Esa guerra civil (1936-1939) motivará en ella una abierta conciencia solidaria con la causa republicana: *Había que carecer de sesos en la cabeza para no tener conciencia del dolor de España,* dirá en una entrevista por aquella época. En Madrid cumplió funciones consulares y amaba la tierra de España como una patria muy suya. En los inicios de la guerra residía en Lisboa y *no dormí muchas veces pensando en el dolor del pueblo. Presentía hasta el ruido de los bombardeos. Imaginaba el espanto de las poblaciones indefensas, y sufría.*²⁹ Pero no solamente declaraciones. La solidaridad de una Mistral por la España ensangrentada se demostró con hechos concretos. En París, y a través del Instituto de Cooperación Intelectual, ayudará a muchos españoles, profesores la mayoría, que dejaban su país natal camino al inevitable exilio. Y el producto de la

mismísima edición de *Tala* (Buenos Aires, 1938), una de sus obras poéticas fundamentales, será íntegramente destinado —por no tener otra cosa que dar— a los niños huérfanos españoles dispersos a los cuatro vientos: *Tomen ellos el pobre libro de mano de su Gabriela, que es una mestiza de vasco, y se lave "Tala" de su miseria esencial.*³⁰ Admirando a ese pueblo que defiende su territorio y que lucha con tanto heroísmo, Gabriela Mistral daba testimonio moral y real de adhesión a su raza.

Una de las etapas más desconocidas en la vida de Gabriela Mistral es el apoyo intelectual que ésta dio al patriota Augusto César Sandino y a su causa nicaragüense. Por estas circunstancias, el propio jefe guerrillero, desde sus montañas de las Segovias, estamparía: "Fuera de Nicaragua la abanderada intelectual del Sandinismo, entre el sexo femenino, fue la célebre Gabriela Mistral, Benemérita del Ejército".³¹ La maestra rural chilena estaba lejos todavía del Premio Nobel, pero muy cerca de la carne viva de la historia: *Es necesario decir algo en favor de la desgraciada Nicaragua. Es preciso acompañar siquiera con palabras a esa gente desventurada y heroica que padece por la justicia.*³²

Aunque nuestra Mistral creía no tener manía política tuvo, sin embargo, una extraordinaria adhesión hacia aquel *hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no me toque ver otro*, y hacia aquella causa de su pequeño ejército loco y de voluntad de sacrificio.

Memorables artículos, casi ignorados hoy, publicaría nada menos que en *El Mercurio* y en la prensa latinoamericana de entonces. *Para mí Sandino es todo un héroe*, repite diez o quince veces, como para refutar el calificativo de "bandido" que le daba el Presidente yanqui Herbert Hoover, o el de "insignificante jefe desequilibrado" que le tildaba *The New York Times*. Son los convulsionados años treinta. Sandino no llega aún, ni llegará, a los cuarenta años de edad. Seculares dificultades de gobierno interno permiten la intervención de la Marina de Guerra de los Estados Unidos: *Los desgraciados políticos nicaragüenses* —escribe la Mistral— *cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían*

y tal vez se asusten hoy de la cadena de derechos que han creado al extraño y el despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país.

Gabriela Mistral no permanece ajena a los acontecimientos de Nicaragua, aun cuando ella está en París, Marsella o Nueva York. Los cables de la prensa le hacen temblar el pulso. No se queda ella en panegíricos, recados o contestaciones a encuestas. Solicita públicamente a los hispanistas políticos una colecta continental para la causa sandinista: *Nunca los dólares, los sucres, o los bolívares sudamericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarán mejor donados.* Y en un mensaje, que insta a formar la Legión Hispanoamericana de Nicaragua, motiva a cientos de jóvenes que abandonen hogares y universidades *para ofrecerle a Sandino lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven, y una lealtad temeraria que sólo la juventud puede dar.* Razón de gratitud tendría, entonces, el hombrecito Sandino para honrar a Gabriela Mistral como la "abanderada intelectual del Sandinismo".³³

IX

Y no sólo Sandino en este contar y pensar la América, que sus buenas páginas mistralianas tiene. También un Bartolomé de las Casas, *honra del género humano, el misionero por excelencia, el misionero al rojo blanco, salido de un cristianismo vertical.* Un Simón Bolívar tan fascinante y definitivo, para hacerlo criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario, para vivirlo en la permanencia y no sólo en las lentas puntadas de los centenarios: *un santo-general no se ha visto y menos un libertador de un continente de tierra y agua.* Un Domingo Faustino Sarmiento, el maestro argentino que entre la civilización y la barbarie encuentra en Chile una tierra de asilo, enseñando a niños campesinos en la aldea andina de Pocuro, la misma aldea natal de Pedro Aguirre Cerda. Cuando la Mistral habla de *nuestro Sarmiento*, más allá de lo personal y lo biográfico, está revelan-

do al desterrado, al perseguido por la bota militar del tirano Rosas. Un Eugenio María de Hostos, el patriota puertorriqueño tan ligado a Chile en las últimas décadas del siglo pasado: *Hostos no sirvió gobiernos vergonzosos de obedecer y en Chile enseñó bajo la autoridad solar de nuestro Balmaceda*. Y, por sobre todo, un José Martí, el maestro americano más ostensible en mi obra, reconocerá Gabriela Mistral, martiana, de Martí total. Alaba al patriota cubano como un luchador sin odios, un santo de pelea, *guía de hombres terriblemente puro, que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido y que padecemos todavía*.

¿No son también estos mismísimos evangelizadores y maestros y patriotas poética y épicamente los protagonistas-libertadores en las páginas nerudianas del *Canto General*?(1950). Lo que Pablo Neruda (1904-1973) escribió en un contar la América durante un forzoso destierro, una Gabriela Mistral haría otro tanto en sus destierros también por el mundo, aunque no hay destierro en nuestra América, decía ella. Así, nuestros dos máximos poetas nos enseñarán a pensar, lado a lado, y críticamente en la América bella. Enseñarán *las moralidades que pueden salvar a las repúblicas del torrente de aguas sucias en las que se quedan sumidas hasta el cuello después de las revoluciones*.

Pero la historia de Chile, también, en su genuina tradición cívica y democrática: *A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria*. En este oficio miró con desdén ciertas presidencias anodinas y celebró aquellas que mantuvieron *el compromiso subrayado de la constitucionalidad, línea tónica de nuestra historia*.³⁴ Gabriela Mistral pondrá su tuétano y su sien en un Camilo Henríquez (1769-1825), *el subversivo de 1810*, como buenamente lo llama; en un José Manuel Balmaceda (1840-1891), a quien admirará con una pasión lúcida de porvenir. Consideraba que, en la parva y seriota historia de Chile, Balmaceda ansiaba promover el país a nación moderna. Hombre de limpieza republicana y padre de su pueblo, sólo el caudal de dineros de las viejas fortunas peluconas y la propaganda constitucionalista terminarían, en una revolución, con él.

La historia cercana y directa la viviría Gabriela Mistral en las cruciales épocas del proceso chileno durante la primera mitad del siglo veinte. Una época *urgidora de democracia*, según su certera frase para definir la demagogia populista de un Arturo Alessandri Palma (1868-1950). Y aunque por los años 25 no creía en su mesianismo, se alegraba de que fuera un civil, y no un militar, el que llegaba a la Presidencia de la República: *Los tiempos han dicho y clamado que esa demagogia era sencillamente el sentido de una época y que fue captado por un jefe sensibilísimo*.³⁵ Es un período difícil en un Chile de aires de fronda y cuarte-lazos, pero también de hitos significativos e irrevocables: es 1925, el año constitucionalmente mayor de nuestro cartabón cívico que fija, a su vez, la norma que separa Estado de Iglesia. El arzobispo Crescente Errázuriz (1839-1931) acogerá con mansedumbre la nueva era, mirándola sin temor: "Gracias a Dios, las leyes de los hombres no tienen fuerza para romper los santos vínculos que unen las almas cristianas... El Estado se separa de la Iglesia, pero la Iglesia no se separará del Estado y permanecerá pronta a servirlo".³⁶ De ahí el admirativo recado que Gabriela Mistral escribirá, después, sobre el recoleto arzobispo.

En el rescate de *estos derroteros morales nuestros*, como la Mistral llamó a un Balmaceda, a un Francisco Bilbao, —*figura ésta de la democracia de mi país, que yo admiro calurosamente, el más atrevido intelectual nuestro*—, a un Crescente Errázuriz, habría que agregar un Pedro Aguirre Cerda (1879-1941), un Juan Antonio Ríos (1888-1946) y un Eduardo Frei Montalva (1911-1982), hombres-políticos-demócratas, todos en el compromiso subrayado de mantener la constitucionalidad chilena, la democracia genuina. Mucha historia y mucha vida hay en las tantas páginas escriturales de esta mujer chilena y chilénísima: *Quiera oír a su compatriota que nunca ha mentado*, le dice a su gran amigo, y guía, y único protector de su carrera, Pedro Aguirre Cerda. Y en esa frase está su identidad sin excusa alguna. Y si éste le había dedicado, por 1929, su libro sobre temas agrarios, mucho antes Gabriela Mistral ya había hecho lo mismo en la página inicial de su primera obra (*Desolación*): *Al señor don Pedro Aguirre Cerda*

*y a su señora Juana A. de Aguirre a quienes debo la hora de paz que vivo. Era su humana gratitud para seguir con cariño la obra del que se interesa en el bienestar de los humildes, en la educación nacional y en toda esta democracia genuina.*³⁷

X

Gabriela Mistral, que se consideró modestamente una tradicionalista fue, sin embargo, una mujer de su tiempo y una adelantada, en muchos casos, a ese tiempo. Su Chile y su América no eran sólo un aleluya de gracia y epifanía, sino también un testimoniar y un denunciar los agrios materiales de la realidad. Prefería hablar —como le ocurrió en La Habana, en 1939— del ácido trance del mundo actual mejor que de la cultura: *Nosotras, mujeres de una América a medio poblar, de este continente a media jornada, repudiamos todo programa que no consulte una corrección corajuda de la miseria que mancha nuestro suelo. Necesitamos ver que el campo americano sale del abandono en que ha vivido y es incorporado a la cultura de las ciudades. Precisamos que por la calle civil y por el camino rural no ambule una infancia medio desnuda, como salida de estampas asiáticas y que nos muestra, sin grito, su cuerpo deshecho antes de vivir y derrotado antes de competir. Y sabemos con menos ciencia política que vosotros, varones, que el campesinado cubre la América misma y que el hombre rural debe poseer el suelo por vía de la pequeña propiedad, para que realmente se produzca una civilización del orden latino.*³⁸

No hay aquí la otra Gabriela Mistral. Es la única y la siempre: conciencia viva de una voluntad de ser sin atadura posible. No fue la estupenda líder de barricada como la presentaron, para su enojo, en una oportunidad. Tampoco aquella mujer que venía de azuzar al comunismo contra el clero, como dijo en una revista el poeta francés Marius André por los años que ella llegaba inicialmente a París. *No he escrito nunca elogio de este partido —expresará ella—, aun cuando dentro de él quiero y estimo a muchas dirigentes.*³⁹ También decía que sus ideas sobre

libertad religiosa le impedían aceptar el marxismo. Cristiana, entonces, nuestra Gabriela Mistral. Pero de un cristianismo con justicia social, "maritainiano": *Si somos los cristianos totales del Evangelio total, iremos hacia el pueblo.*⁴⁰ Ese pueblo era, sin duda, su prójimo y su semejante.

Y, por aquello que citando hacemos confesión nosotros mismos, un Alfonso Reyes, un Ezequiel Martínez Estrada, un Carlos Mariátegui fueron otros ideólogos en su bebedura lectural y ensayística. Y digamos, otra vez; el definitivo Martí (*¿Dónde se ha hecho en nuestra raza de probidades dudosas y ensuciada por mucho fraude, este hombre de cuarenta y ocho quilates del que no logramos sacar una sola borra de logro, ni siquiera de condescendencia con la impureza?*). Y Unamuno, don Miguel el vasco, ese artista mayor y hombre sin ajadura, que padecerá años de destierro dejando forzosamente universidad prestigiosa: *Esta dictadura de Primo de Rivera ¿por qué es cruel, de una subrayada crueldad con el noble viejo?*,⁴¹ se preguntará —y sólo para marcar esa crueldad— Gabriela Mistral al cumplirse los cinco años de exilio del ilustre ciudadano.

Por otra parte, cuando a ella misma quisieron *interesadamente hacerme dar color, o afiliarme, o fascistizarme*, fijará posiciones con resuelta y rotunda claridad y convencimiento: *Color lo tengo y en ninguna parte lo he negado: yo soy socialista no internacionalista, es decir, con herejía o cisma en el sentido de desear que nuestro socialismo futuro sea americanista criollo. No puedo ser facista y menos puedo ayudar a ciertas personas en una propaganda sorda o abierta de esta índole.*⁴² Tal, pues, su neta definición y su evangelio americano.

De la hondura y belleza de artículos, recados y ensayos que forman este libro político —político en el desvivir y en hacer la historia crítica y ciudadana de una época— surge, sin leyenda alguna, una insufrible demócrata llamada Gabriela Mistral. Hija de la democracia chilena, la única —la democracia y ella— en su honra y en su verdad.